

Presentación



El 15 de agosto de 2015 se cumplieron 70 años del fin de la Segunda Guerra Mundial. La rendición de Japón ante las fuerzas aliadas se dio mediante el uso de dos bombas atómicas que destruyeron las ciudades de Hiroshima y Nagasaki, y dieron muerte a cientos de miles de civiles en 1945. La utilización de ese tipo de armamento de destrucción masiva abrió la posibilidad material de, en un instante, poner fin a la humanidad. El fin de la guerra, entonces, adquirió trascendencia.

La historia de México se inserta en ese importante contexto de manera peculiar y específica en varios sentidos. Desde esta perspectiva de abordaje, el Seminario de Estudios Contemporáneos al que pertenezco me encomendó hacerme cargo de la organización de un coloquio que abordara los efectos y repercusiones que la guerra y su desenlace tuvieron en la comunidad de emigrantes japoneses en México, país al que habían arribado por oleadas desde finales del siglo XIX. A partir de los primeros meses de 2015 me reuní con los posibles participantes. Convoqué, en principio, a testigos de los hechos, algunos japoneses que habían vivido en su país durante el fin de la guerra o que eran hijos de emigrantes de aquella nacionalidad que se habían trasladado a Japón. La idea central del coloquio era que narraran su experiencia y que expusieran la larga etapa de guerra en la que el país asiático participó. Les propuse que respondieran y reflexionaran sobre las siguientes preguntas: ¿cómo vivieron personalmente durante los años que duró la guerra?, ¿cuál era el entorno familiar y social en el que enfrentaron la derrota de Japón en 1945?, ¿de qué manera les afectó la declaración del emperador el 15 de agosto de 1945 en la que aceptó la rendición de Japón?, ¿cómo transcurrieron sus vidas durante la ocupación estadounidense posterior al fin de la guerra?, ¿de qué manera pudieron regresar a México? Con estas preguntas como guía empecé a entrevistar a los participantes y fuimos delimitando las perspectivas de sus ponencias. Además de los testimonios, el coloquio se enriqueció con la participación de especialistas en distintos campos de estudio acerca de Japón, quienes aportaron su particular visión e interpretación acerca del periodo estudiado.

A continuación se hace una breve presentación de los contenidos de este número de *Antropología. Revista interdisciplinaria del INAH*.

La sección “Aportes” incluye dos ensayos. En el primero Carlos Uscanga, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, revisa la ruptura de las relaciones diplomáticas entre México y Japón. Su texto, denominado “El general José Luis Amezcua Figueroa: el último ministro de México en Japón durante el periodo de entreguerras”, da cuenta de las dificultades a las que se enfrentó el embajador cuando las autoridades militares del país asiático tomaron la legación mexicana luego

de romperse las relaciones entre ambas naciones. Además, muestra las diferencias que en el seno del personal de la embajada existían y el entorno político que facultó el nombramiento de Amezcua como embajador.

“La guerra contra los emigrantes japoneses en América antes de la Guerra del Pacífico”, texto de quien esto escribe, expone el modo en que el gobierno estadounidense consideró a los emigrantes japoneses como parte de la guerra misma. Las comunidades de japoneses y sus descendientes a este lado del Pacífico fueron acosados y vigilados de manera estrecha desde décadas antes de que iniciara la guerra misma. El gran aparato de espionaje que Estados Unidos puso en marcha para interceptar y descifrar las comunicaciones japonesas le dieron una enorme ventaja para enfrentar a su enemigo; de ello dan cuenta los archivos que hoy se pueden consultar. Las consecuencias fueron terribles para los cientos de miles de emigrantes asentados en distintos países del continente americano al estallar la guerra, a finales de 1941.

En la sección “Diversa” se presentan los testimonios de cinco personajes que experimentaron la guerra de distintos modos: Jesús Akachi, Jorge Ito, Ernesto Matsumoto, René Tanaka y Yasuaki Yamashita.

Jesús Akachi, de padres emigrantes japoneses que se establecieron en el estado de Sonora, regresó a Japón para cursar la escuela primaria. Poco antes de que iniciara la guerra, la familia completa se mudó a Japón. Durante la etapa de intensos bombardeos a la capital, la familia Akachi se mudó a la prefectura de Nagano, de donde eran originarios. Ante la situación de devastación en que quedó Japón, Jesús y uno de sus hermanos menores volvieron a México.

Jorge Ito nació en la Ciudad de México en 1925. Su padre formó parte del grupo de diplomáticos que resguardaron a la familia del presidente Madero durante el golpe militar de Victoriano Huerta. De madre francesa, regresó a Japón en 1937, donde se educó y vivió la guerra en la ciudad de Tokio. Su testimonio narra su situación personal como estudiante universitario y el entorno familiar en ese entonces, para finalmente relatar cómo logró retornar a México durante la ocupación estadounidense en 1947.

Ernesto Matsumoto es hijo de una de las familias más prominentes de emigrantes japoneses establecidos en México. Su abuelo llegó a la república mexicana a finales del siglo XIX, fundó un negocio de flores y jardines y se encargó del arreglo de los jardines de las residencias presidenciales desde el periodo de Porfirio Díaz. De pequeño, los padres de Ernesto decidieron mandarlo a Tokio para que estudiara; allí cursó desde el tercer año de primaria hasta la universidad. En 1943 ingresó al servicio militar obligatorio en la Escuela Naval. Como miembro de ese ejército, entregó sus armas a las fuerzas de ocupación estadounidenses en 1945. Regresó a México en 1947.

René Tanaka nació en Hermosillo, Sonora, en 1933. Hijo de emigrantes que llegaron a inicios del siglo XX, vivió toda su infancia en el noroeste mexicano. Al estallar la Guerra del Pacífico, el gobierno ordenó la concentración de todos los emigrantes japoneses, por lo que los Tanaka se trasladaron a la Ciudad de México. La familia se estableció en Tlalpan, donde René asistió a la escuela primaria pública y a la escuela japonesa que la comunidad de concentrados abrió en ese pueblo. Al concluir la guerra, el grupo de emigrantes se dividió en dos bandos: los que consideraron que Japón había ganado la guerra, *kachigumi*, y quienes aceptaron que la había perdido, *makegumi*. Como consecuencia de esa división, la escuela se disolvió.

Yasuaki Yamashita, originario de la ciudad de Nagasaki, tenía seis años de edad cuando se lanzó la bomba atómica en esa ciudad. En el momento de la explosión, Yamashita se encontraba con su madre y su hermana en su casa a unos kilómetros del epicentro de la explosión. Yamashita aborda esta situación en su testimonio, así como los años subsiguientes, que representaron una etapa de mayor dificultad y

sufrimiento para los sobrevivientes. Yamashita llegó a México en 1968 y se naturalizó como ciudadano mexicano años después.

La sección “Antropocdotario” recoge dos escritos. En el primero de ellos, “Tres relatos históricos recuperados por Shozo Ogino”, el que escribe seleccionó algunos de los contenidos del libro *Umi o koete gohyakunen* (2016), obra en la que Ogino estudia ampliamente la relación entre Japón y México, para dar cuenta de la riqueza y diversidad de los lazos que unen a ambas naciones.

En la sección “Antropología de la imagen” se presenta el texto “De la evacuación en las montañas de Kyushu al retorno a Tokio bajo la ocupación estadounidense”, de la profesora Michiko Tanaka, especialista en la historia de Japón adscrita a El Colegio de México; se trata de un documento histórico de gran valía para entender el periodo abordado. Para el coloquio del que surgieron los contenidos de este número de la revista, la profesora Tanaka se encargó de hacer un breve balance de la guerra. Sin embargo, puesto que aquí presentamos una serie de testimonios, se decidió que para este número de la revista preparara un escrito en el que retomara la información del diario que su hermana mayor escribió en 1944, un año antes del fin de la guerra, para mostrar la vida cotidiana de una niña que asistía al tercer grado de la escuela primaria. Además, la madre de la profesora Tanaka hacía acotaciones en el mismo diario, las cuales nos ofrecen una visión precisa de cómo una familia enfrentaba los problemas que conlleva la guerra. La autora ilustró sus apuntes cotidianos; los dibujos resultan invaluable, por ello se reproducen las páginas del diario.

El coloquio se reunió en noviembre de 2015, en las instalaciones de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, cuyo director, el maestro Luis Barjau Martínez, se sumó de manera entusiasta al proyecto, no sólo apoyando su organización, sino que asistió a escuchar todas las ponencias y fue él quien propuso que el INAH publicara los trabajos, porque consideró que esas historias debían ser dadas a conocer a un público más amplio por la valiosa y novedosa información que se vertió en el encuentro y por la calidad de los testimonios y las ponencias de los participantes.

En otro orden temático, como un homenaje póstumo e impostergable a José Antonio Lasheras Corruchaga y William Breen Murray, en este número se incluye el trabajo de María del Pilar Casado López, “Testimonios de una visita a sitios con arte rupestre de la sierra de San Carlos, Tamaulipas”, que reivindica la importancia de la pinturas encontradas y rescata las anotaciones inéditas que tanto Lasheras como Breen hicieron de su primera visita a la región de estudio.

Cierra el número la sección de “Reseñas”, que incluye los trabajos de Luis Barjau, que refiere la presentación editorial del libro de Juan Villoro, *El género Monsiváis*, primera publicación de la Cátedra Carlos Monsiváis, fundada en la Dirección de Estudios Históricos en septiembre de 2015. La segunda reseña, de Alejandro Torrecillas, reflexiona sobre el libro *Por las sendas del temor. Una antología para viajar por los infiernos novohispanos*, de la historiadora María Concepción Lugo Olín, publicado en 2016.

Finalmente, agradezco a Luis García, quien se encargó de la logística del coloquio y de la transcripción de los testimonios, que posteriormente me dedique a editar y a los que agregué algunas notas que hacen más claro el contexto de vida narrado por sus autores. Agradezco a Benigno Casas, editor de la revista, el haber dado continuidad al trabajo para que esta publicación llegara a manos del lector.

Sergio Hernández Galindo
Dirección de Estudios Históricos, INAH